

BAJO EL TITULO DE ***ESTUDIOS GENIALES, LAS NOCHES BLANCAS EN RUSIA***, DEL ECIJANO BENITO MAS Y PRAT, PUBLICADO EN ***LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA DEL DIA 8 DE SEPTIEMBRE DE 1890***, FUE UNO DE LOS ULTIMOS TRABAJOS LITERARIOS DEL MISMO, ANTES DE PADECER LA DOLENCIA QUE SUFRIA A DICHA FECHA.

**Julio 2019**  
**Ramón Freire Gálvez.**

¿Estuvo el erudito literario ecijano Benito Mas y Prat en alguna ocasión en Rusia? La verdad es que no lo sé. Del propio artículo que seguirá a continuación no se especifica nada al respecto, pero alternativamente, por el conocimiento de que hace gala poseer sobre dicha nación, podríamos llegar a la conclusión de que no solo lo visitó, sino que incluso estuvo viviendo una temporada en el mismo. Sea como fuere, el contenido del artículo es de una descripción maravillosa sobre Rusia, sus costumbres y otras, que es lo que inserto seguidamente.

## **ESTUDIOS GENIALES LAS NOCHES BLANCAS EN RUSIA**

### **I.**

La naturaleza tiene genialidades y caprichos que escapan a la penetración del indiferente y del distraído, y que suelen sorprender agradablemente cuando se nos revelan por cualquier azar o por cualquiera razón en momentos propicios para nosotros.

Y esto acontece más frecuentemente con lo que está poco ligado con la tierra que pisamos. Los fenómenos siderales son de este género; estamos tan solicitados por el bajo suelo; hay en él tantas distracciones y apetitos, que se nos ocurre pocas veces entregarnos a la contemplación, que alza al creyente



del haz mundano y le hace elevar la pupila al espacio estrellado en una noche serena.

Pero, en ocasiones, esos fuegos celestes se imponen por su rareza y llevan nuestra admiración hacia arriba, a pesar nuestro. Tal ocurre con los eclipses, que anuncian con bombo y platillos los almanaqueros; con las

lluvias de estrellas o el paso de un cometa cabelludo por nuestro horizonte; con la aparición de las auroras boreales, que asustaban en otro tiempo a las gentes

como présagas de grandes calamidades, y con todo lo que difiere del perpetuo movimiento ordinario de esferas y astros.

Esta tendencia del espíritu a solicitar lo extraño, lo incognoscible y lo inusitado, es lo que ha hecho una maravilla, buscada por el *turismo* de toda Europa, del fenómeno sideral que se conoce en Rusia con el expresivo dictado de *Noches blancas*.

Hay que conocer las costumbres rusas, aunque sea de un modo rudimentario, para comprender lo que son estas *Noches blancas* tan famosas. En ellas se hace preciso el uso del trineo para llegar cerca de las isletas del Nova, en las afueras de San Petersburgo, donde se han colocado hoteles provisionales de madera, para solazarse mientras duran los misterios de esas noches decantadas. En las explanadas y marquesinas que decoran estos hoteles, se colocan los curiosos, después de dejar los trineos en los alrededores.

La región hiperbórea en que nos hallamos, aunque no tiene el privilegio de gozar de seis meses de noche y de seis de día, como las que disfrutaban las que se enclavan en el círculo polar, y en las cuales abundan los dilatados crepúsculos, tiene, como hemos dicho, una latitud propia para que se den las noches polares, noches con sol y luna a un mismo tiempo, que tales son las llamadas *blancas*.



Estas noches polares comienzan en San Petersburgo a principios de Junio y terminan generalmente el 15 del mes siguiente; algunos años se adelantan, y aparecen en los últimos días de la segunda quincena de Mayo, terminando en la primera de Junio.

Hemos dicho que el trineo es indispensable para ir a los hoteles de las isletas y vagar por los alrededores, y hemos de hablar de ellos de paso. Estos vehículos en Rusia tienen varias formas y varios nombres, y sus especiales condiciones les hacen a propósito para rodar sobre témpanos, siempre con peligro.

El trineo primitivo asemejase a esos trillos que se usan en las eras españolas, tirados por cuadrigas; eran sólo una clavazón de madera con un rulo o dos ruedas y una tabla sin cepillar por asiento, que se colocaba detrás de la espalda del conductor; llevaban dos caballos, y con frecuencia, para no caerse, los turistas tenían que agarrarse a los hombros del cochero. Hoy, al *drowjky* ha sustituido el trineo de ruedas y de tres caballos, llevando un tronco y un guion o delantero. Estos caballos son pequeños, pero robustos, y el delantero lleva un arquillo con una campanilla de metal.

Más que el trineo, nos llamara la atención el cochero (*iwoschit*); son fineses, antiguos escitas, y visten de una manera fantástica. Una larga hopalanda bordeada en el cuello con pieles, así como en las bocamangas, les sirve de abrigo y les ahorra descubrir las ropas interiores. Llevan redondos bonetes persas, también con pieles de nutria, cuyos cabos les llegan hasta las orejas. Si a esto se unen los arrollahielos, que protegen las ruedas de los trineos y hacen parecer al *iwoschit* un fantasma negro que cabalga en un hipogrifo alado, resultara que, visto a la hora del crepúsculo, el trineo pueda ocupar la imaginación menos impresionable.



Y su marcha es también como la de aquel hipogrifo *que corría parejas con el viento* de que nos hablaba Calderón de la Barca, que no montaba en trineo, sino en litera y en la clásica mula de San Francisco, que se decía en su época. Los troncos rusos, guiados por sus atrevidos automedontes, vuelan como gaviotas por un mar de hielo, y muchas veces tropiezan unos con otros, resbalando por la pendiente helada o estrellándose con gran peligro en los témpanos.

Los viajeros van sobre bancos cubiertos de pieles de rengífero y sobre muelles que crujen y se rompen muchas veces en esas carreras de campanario. El *iwoschit* se sienta, tocando con las rótulas a las nalgas de los caballos, y sus esponjadas colas les sirven de hoccamoscas, haciéndoles gran favor si el insecto insoportable de nuestros países meridionales pudiera vivir entre los copos de hielo de aquella atmósfera hiperbórea.

Las damas rusas, que se gozan en apurar ese *sport* de los hielos, visten de un modo apropiado para pasear en las escuetas márgenes del Neva, principalmente en Septiembre, y toman plaza en aquellos monstruos, que las llevan a través de blancos declives por estufas y parterres amarillos y brillantes. Su paseo favorito es el llamado Jardín de Invierno, y otro pintoresco sitio llamado la Perspectiva; allí pasean, dejando los trineos y sufriendo la nevada, que va dejando sus lágrimas de plata colgadas de las laureolas inglesas y de las plantas polares que decoran estos lugares. Estas elegantes no pueden darse el gusto de las mujeres de nuestros países meridionales; para poder hollar las láminas de hielo, tienen que llevar botas de montar con grandes suelas de caoutchouc, envolverse en ricos chales negros de cachemira y amontonarse el cabello y aun taparse la fina y contorneada oreja con sus elegantes bonetes redondos, adornados con pájaros, flores de terciopelo o filetes de pieles; de otro modo no podrían soportar el perpetuo chispear de la nevada, que se posa sobre sus hombros poco a poco y silenciosamente. Las rusas, miradas por los bajos, parecen guardias civiles.

Cuando llega la noche en paseo, se encienden reverberos en las estufas y en las calles de enebros, y los farolillos de los trineos semejan una procesión de siluetas de cosmoramas. Los arboles nevados y alumbrados por los refractores de las farolas, parecen gigantes blancos, cuyas cabezas se pierden en las lontananzas azuladas.

Los *ivoschit* hacen corros al lado de los vehículos cuando las damas pasean a pie, y beben alcohol de Buda-Pesth, esperando a las señoras que van con sus amigos cogidas del brazo, y que prolongan el paseo sin sentir la frialdad de la atmósfera.

Cuando llega Diciembre, la alta sociedad petersburguesa se halla a *son aise* porque allí, en los meses en que hace más frío, esta toda la ciudad abordable.

Entonces se puede patinar en el Neva y pasear sin légamo por los jardines. Algunos atrevidos organizan



expediciones a los pequeños brazos del Báltico, para tener el gusto de tener al titán bajo las plantas; las huelgas y los patines tienen en estos meses la primacía, y se ve a las rusas del pueblo, con vestidos cortos de telas de algodón y chales de vivos colores, bailar al son de los instrumentos de metal que siempre usaron los zíngaros y húngaros, y entregarse a las ferias de muchachas para escoger novios. En esta época se dan también a luz las hechiceras y adivinatoras, que suelen permanecer en sus oscuros cubículos durante el hielo, adonde suelen ir a buscarlas damas principales.

En el último mes del año se disfruta siempre de una temperatura de 18 grados bajo cero, y en Enero el frío aprieta algunos grados; y sin embargo en San Petersburgo es más grata la temperatura, según confiesan sus moradores; más en los primeros días de Febrero empieza el fenómeno del deshielo, y la ciudad se convierte en inmenso lago asfaltita, que es imposible cruzar sin peligro. Esta es la época en que los más animados hoteles son abandonados por sus dueños; la sazón en la cual la *high life* rusa prepara el *tour* que podríamos llamar de la fuga del deshielo.

## II.

Mucho podríamos decir de esta estación en la mayor parte del litoral ruso; pero tenemos que aprovechar el tiempo para describir el fuego sideral que hemos enunciado, dando cuenta clara y precisa de lo que son las *Noches blancas* y en lo que consisten principalmente.

No desconozco que en los países meridionales, por ejemplo, en Italia y España, se dan fenómenos que tienen pálida relación con éste, porque en la Naturaleza todo esta maravillosamente encadenado, y se suelen ver el sol y la luna en un segundo indivisible frente a frente. Ese fenómeno, sin embargo, no llama la atención, porque se da casi siempre el caer la tarde, y sin que la luna se tiña de arbores ni cambie ninguna lontananza del horizonte. Recuerdo que una tarde de Enero, en Sevilla, pude observar, en la explanada en que se hallan la Lonja, la Catedral y las murallas del Alcázar, que tiene la clara luz de la explanada monumental de Pisa, a la luna que asomaba su pálido rostro de novicia por detrás de la espadaña del convento llamado de la Encarnación, mientras que el sol huía a tomar su clámide de púrpura, atravesando, al parecer, el Betis por la parte de la Cartuja.



Mas no puedo decir que el fenómeno éste sea particular en nuestra tierra, ni solicite en lo más mínimo la atención del andaluz ni del turista; para eso sería preciso que hubiese las transformaciones que se dan en los horizontes hiperbóreos, que el campo visual y los alrededores, los términos y las distancias celestes se modificasen como se modifican en aquellas planicies casi polares, porque de este modo la luna, pálida y pequeña, y muchas veces un poco esfumada, no puede producir en la retina impresión ni efecto alguno.

No ocurre lo propio en el fenómeno que vamos a describir. Al obscurecer, cuando hace un segundo que el sol se ha hundido en el Báltico, entre el Norte y el Nordeste, parece que vuelve a salir de las espumas, hostigado acaso por el tridente de Neptuno, que solazándose tal vez en arrastrar a las nereidas en su carro de conchas, le ha herido para alejarlo de sus amadas.

El astro del día, sin tener en cuenta que reina la noche y que los pájaros duermen ya acurrucados en las copas de los árboles, se explaya y vuelve al horizonte, dominando el Neva y las isletas y dejando largas colas y ráfagas de luz en torno suyo, hallándose con la luna *vis a vis* y haciéndola la corte, acaso por vengarse de los celos del dios de las aguas, que le arrojó de su palacio de anémonas y corales. Inmediatamente marida su luz con la reina coronada de estrellas, y tienden ambos esposos sus rayos blancos y pálidos por las riberas.

Este es el momento crepuscular; hasta los astros gozan con que sus devaneos amorosos se envuelvan en las penumbras del misterio. El sol y la luna mezclan sus vislumbres, que producen una luz suficiente para leer una carta;

los hoteles provisionales y los arboles del jardín están envueltos en paños de transparente sombra; todo es indecisión y difusión; de los árboles y de los espectadores sólo se ven las siluetas recortándose, cómo se recortan en las magias, entre gasas levemente azules, las figuras de los actores.



El sol de Rusia no se parece al sol de España, ni al ardiente de las latitudes ecuatoriales. En Rusia, como dice Auduardo, que ha estudiado el fenómeno que describo, tiene siempre los rayos oblicuos y lanza reflejos color de cobalto; apenas produce sombra, y se asemeja más que nada a un gas poco puro y apagadizo; por eso añade que Dios no pinta en Rusia, descomponiendo el

prisma como en las zonas ecuatoriales, paisajes y perspectivas semejantes en iris y cambiantes a la cola del pavo real cuando hace la rueda, sino que, ciñéndose a abocetar tan sólo, los paisajes rusos quedan reducidos a dibujos al carbón.

Consideradas en este sentido, las *Noches blancas* tienen en su comienzo algo de danza macabra; los círculos de curiosos, que se dividen en alegres grupos, parecen siluetas que se mueven en un vasto escenario, entre arboledas escuetas; fantoches sacudidos por los conductores de un teatro mecánico.

Como hemos indicado anteriormente, los rusos no tienen mucha curiosidad por tal espectáculo, supuesto que lo ven con frecuencia; pero aprovechan la ocasión de pasar una fiesta nocturna semejante a la que proporcionaban a los germanos las cacerías de Fraya y a los griegos las fiestas de Diana.

Por las márgenes del Neva y los alrededores de la ciudad se ven en estas noches aparecer todos los vehículos que se usan en Rusia; los *drowjky*, los *troiks* y los *choofhis* y unas antiguas tartanas o calesas. Parecen, tropezando unos con otros, una legión de rengíferos salvajes que trotan sobre un lago helado a la luz de la luna; las rusas, a más de las consabidas botas fenomenales, de que ya hemos hablado, llevan boas y manguitos, y algunas, abrigos felpudos de pesada y basta lana de Sajonia; ya comprenderán nuestros lectores que apenas podrán moverse. Ellas, sin embargo, así forradas, se entregan con voluptuosidad a este original *sport*, que hace estrecharse a las parejas en los trineos para conservar la vertical sin peligro. Los choques los salvan casi siempre los *iwoschits*, como legítimos descendientes de aquellos

seytas de cuerpo de hierro, que se quedaban, aun en una vertiginosa carrera de obstáculos, clavados sobre los lomos de sus corceles.

En estas noches dejan sus casas todas las viudas y muchachas casaderas de San Petersburgo; es la ocasión más propicia para encontrar novio o marido. Los hoteles de madera, que a guisa de nidos se han colocado en sitios apropiados, casi todos con explanadas y marquesinas acristaladas, donde se cuelgan jaulas de pájaros que han de saludar la anticipada aurora, con tales detalles dan motivo a que se estrechen las distancias y son causa de las aproximaciones de mancebos y adolescentes. Una copa de vhist, rhin o borgoña, o un ponche de buena llama con reflejo azulado, pueden realizar maravillas y hacer arder la sangre bajo la burda sarga o el rico terciopelo.



Y así lo pregona, en efecto, la animación que reina en las estaciones de las isletas en esas noches fantásticas. Mientras llega el alba verdadera, se goza de esa media luz en la que todo lo agranda la imaginación y lo embellece el deseo.

Mefistófeles hizo dar el primer beso a Margarita a la luz de la luna llena y al reflejo de la llama roja que partía de sus pupilas, dilatadas por la satisfacción de la caída de un alma. En las noches rusas, hay algo del deliquio espiritual del beso de Margarita y de la pupila pecadora de Mefistófeles.

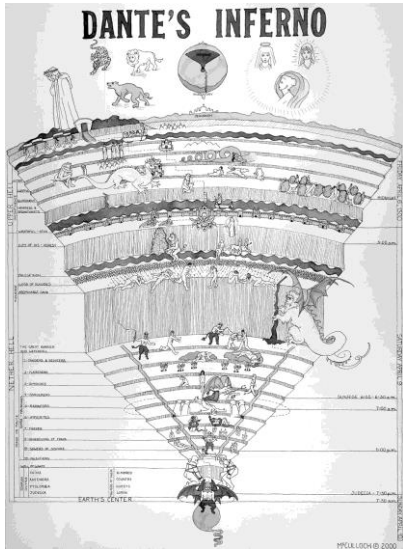
### III.

Completo el cuadro que hemos querido trazar con sus propias tintas, resta que decir en qué se ocupan los *iwoschit* en las *Noches blancas*. Estos no se preocupaban por el juego sideral, y se entretenían en otros juegos, sin mirar al sol ni a la luna, que paseaban por *las barandas del cielo*, como la santa de la leyenda de oro, ni mirar a las constelaciones del Norte, que daban su acostumbrada vuelta por las orillas del Báltico, sin mojarse como el sol ni reflejarse por sorpresa a hora no usada. Los cocheros no hacían otra cosa que beber ginebra o vhist y murmurar de las damas que traían y llevaban en sus trineos, o ponderar sus cualidades cuando eran amables y guapas.

Allá arriba era otra cosa; los turistas y sus compañeros de hotel, confundidos en aquellas melancólicas y crepusculares vislumbres, hacían amistades íntimas en un cuarto de hora, y reían, bromeaban o jugaban al *ecarté* o al *bacarrat*. Los ponches rebosaban por los discretos abrigos, y algunas espumas no llegaban a la mesa, sino que manchaban los guantes o penetraban por los encajes de las elegantes chambras o de las limpias pecheras. Aquel

paisaje tenía alguna semejanza con los lugares desiertos, llenos de torsos desnudos, que Doré grabó en *La Divina Comedia* solamente que los escorzos y desnudeces estaban proscritos allí, porque hacía más frío que en el cuarto círculo del Infierno, y las pieles suaves de las bellas, en ricas pieles se abrigaban. Podía decirse, metafóricamente, que sobre la epidermis de la Venus iba la del oso.

Ya se estaban apagando las luces de los *chalets*, y desde las graderías y



azoteíllas bajas se divisaban las isletas, casi iluminadas por las luces del alba. El curioso detalle del despertar de los pájaros que se custodiaban en las jaulas, y sus gorjeos celebrando el alborar de un día anticipado, fue como el toque de diana que hace sacudir la modorra de los guerreros. Aquellos grupos se movieron como se mueve un ejército entre las tiendas del campamento, y un grito general indicó que el fenómeno sideral había llegado a su orto. El sol, meciéndose al lado de la luna como amarillo compañero, dejóse ver, produciendo un remedo de la plena luz de la alborada; las caras de muchos mostraron las huellas de las sensaciones y emociones de la noche, pudiendo

decirse que aquellas ojeras y aquellas rubicundeces eran, más que el reflejo de la imagen del sol que escapaba del sudario líquido del Báltico, el rostro viscoso y ardiente de las bebidas del Norte, que provocan nauseas é hinchen las venas.

El verdadero amanecer tardó poco; la misteriosa *Noche blanca* había pasado, y cada cual procuró volver a tomar su vehículo para regresar a la ciudad, después de pasar aquellas horas de asueto.

La ida es siempre más revoltosa que la arribada, porque la orgía dura aún en las imaginaciones y los cerebros están aún exaltados. En muchos trineos continúan aún la broma y la chacota; la emulación de los *iwoschit* alcanza proporciones heroicas, y por ganarse la carrera unos a otros, fustigan a sus pequeños y nerviosos caballejos y se dirigen pullas é imprecaciones con voz ronca y alcoholizada; se han olvidado de apagar las pequeñas farolas eléctricas que suelen llevar algunos en los costados de los *drowjkys* y parecen caracoleando por las desigualdades pantanosas, una legión de gigantescas luciérnagas. Como el trineo hace zis zas continuo, los viajeros se abrazan unos a otros para no caer, y se da el caso de ver grupos escultóricos en el que hace de Laoconte el *iwoschit*, llevando ceñido el cuerpo por los redondos brazos de las damas, que se adosan como cariátides a su torso, y le ruegan desoladas que no las estelle en un derrumbadero. Las campanillas resuenan, los separabarros crujen, los muelles de los asientos estallan; aquellas carreras de Olimpia y de Roma, comparadas con éstas, no eran más que juegos de niños traviesos.



Al día siguiente, en los círculos y tertulias rusas se refieren los peligros y los goces que han producido las *Noches blancas*. Es costumbre, y bien pudiéramos decir necesidad, la de acostarse los excursionistas y pasar media mañana en el lecho, bien dormitando, bien haciendo remembranzas de los goces y peligros de la *Noche blanca*, o bien reponiendo las fuerzas y dando a los nervios y a los músculos el necesario reposo.

Acaso alguna viudita o alguna rusa enamorada recuerde aquellas expansiones que le proporcionaron las palabras apasionadas de su admirador; acaso piensa en la próxima cita que se tendrá en la tertulia vespertina; acaso lee la dedicatoria de un retrato o traduce la cifra de un pañuelo perfumado que saca de debajo de la almohada. Las *Noches blancas* siempre dejan estelas en los corazones.

Conociendo a Rusia, y teniendo en cuenta la pesada atmósfera que se respira en aquellos palacios cargados de tapices y privados de ventanales, se comprenderá las indolencias y estados neurálgicos a que están expuestos sus moradores, que pasan la mitad del día entre sabanas, y cuyo estado es siempre dado a la inmovilidad y la cavilación. La dama rusa hace su *toilette*, deleitándose en cada operación y teniendo cerca del tocador la *chaise-longue*, en la que la viste y la desnuda, la lava y perfuma su doncella. Después se pregunta qué hará en el resto del día. Tiene dos recreos que puede simultanear, si la place: las tertulias familiares de la tarde, o la asistencia al círculo que le corresponde.

La mujer rusa es tan libre como el hombre para asistir a elegantes centros, en los que se descansa y se charla, donde se ríe y se coquetea, y en donde se pasa el tiempo como en nuestros casinos, que aún no han sido invadidos como en Rusia por las faldas. Se dan allí las escenas que en los hoteles de Mónaco y Baden-Baden; las viuditas y las muchachas casaderas pueden hablar con sus novios, y por las noches se dan bailes y aun espectáculos teatrales.

Estos círculos han de tener cierto exclusivismo, porque están fundados por las clases de más o menos fuste, que sólo se reúnen con sus iguales. En los círculos aristocráticos no pueden penetrar los mercaderes ni los que explotan ciertas industrias; en los más humildes tienen plaza las familias enteras y sus pequeñuelos, que organizan en ellos bailes infantiles y que celebran allí las fiestas de Pascua.



Los de la *high life* tienen jardines, estufas, salas de armas, gimnasios y salas de tertulia; allí se reúnen las familias de gran apellido; los príncipes y descendientes de las casas de Romanoff y Godounoff no se desdeñan de visitarlos, y las reuniones dadas en sus salones son verdaderamente regias.

En estos círculos, y en Mayo y Junio, que es cuando se da la fiesta de las *Noches blancas*, se organizan las excursiones que hemos procurado describir fielmente y que constituyen una de las particularidades más decantadas en San Petersburgo.



Cuando llega la época del deshielo, esos animados círculos cierran sus puertas, y las clases emigran a otros países, siendo favorecidos Berlín y Londres por los petersburgueses. Allí lucen sus lujosos trenes los príncipes con apellidos terminados en *off* o en *oto*, llevando a las *soirées* y a las fiestas de *sport* sus trajes riquísimos, que recuerdan los de la antigua Bizancio, y sus costumbres propias. Los dueños de los hoteles se ponen a temblar, porque siempre hacen innovaciones en sus cocinas.

¡Con estos rusos no se puede uno sentar a la mesa; el mejor día piden al fondista carne de rengífero o manteca de oso!

Si queréis asistir a las *Noches blancas*, preciso será que vayáis acostumbrándoos a tener la cabeza segura para subiros en los trineos.

Si no queréis verlas, yo he hecho lo posible por abocetarlas.

B. MAS Y PRAT."

Hasta aquí este maravilloso boceto de las *Noches Blancas* de Rusia que, maravillosamente, describió el ecijano Mas y Prat, el cual, como decía al principio, fue uno de los últimos artículos que escribió, antes de verse afectado por la enfermedad mental que le acometió.

Una vez reproducido lo anterior, para comprobar no solo la veracidad del contenido del artículo, sino la exacta descripción realizada, de la extensa bibliografía que sobre las ***noches blancas de Rusia*** hay publicada, nos dicen, en síntesis: "*Las noches blancas son un fenómeno atmosférico que ocurren en las últimas semanas de junio, alrededor del solsticio de verano, en las zonas de las regiones polares, en la que los atardeceres son finales, los amaneceres son principios y la oscuridad nunca es completa. Las noches blancas son un tiempo de celebración en áreas como San Petersburgo, Rusia, donde el Sol no se pone*

*hasta las 10 de la noche y el crepúsculo dura casi toda la noche. El Festival de las Noches Blancas de San Petersburgo es famoso por los espectaculares fuegos artificiales y velas Escarlata, una demostración masiva que celebra el final del año escolar. Otros festivales han surgido desde de este lugar, con sus nombres, tales como las noches blancas o Nuit Blanche.”*

Vuelvo a repetir, no sé si Mas y Prat estuvo o no en Rusia y presencié el fenómeno y circunstancias descritas, pero lo cierto es que estuviese o no, es una maravilla el relato que nos dejó para la posteridad y que me he encargado de recuperarlo para todos mis lectores.